

El discipulado a la luz de Mateo 4, 18-22: llamado, respuesta y misión

Discipleship in light of Matthew 4:18-22: call, response and mission

Vicente González Murillo¹

Resumen

El artículo presenta una reflexión sobre la experiencia del discipulado como patrimonio de la comunidad de creyentes mediante el análisis de algunos elementos literarios y narrativos de la perícopa de Mateo 4, 18-22. Para este autor hacerse discípulo de Jesús es reproducir en la propia vida lo que él hizo y enseñó durante su obra mesiánica. En este sentido, ser *pescador de hombres* o ser discípulo, conlleva las tareas de *predicar, enseñar y curar*, propias del Maestro de Nazaret (Mt 4, 23). La Iglesia – *ἐκκλησία* – encuentra en estas acciones de Jesús su triple misión en cuanto continuadora de las obras que hacen presente el Reino. Al final, el ejercicio hermenéutico hace un ensamblaje entre las tres acciones de Jesús en el evangelio de Mateo y las tres funciones que definen la misión de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II: *Enseñar, santificar y regir*. Una mirada atenta a la proposición mateana sobre el verbo *curar* en relación con la función eclesial de *regir*, permite tributar a la reflexión teológica una visión más ricamente evangélica sobre la experiencia discipular en el mundo de hoy.

Palabras clave: Discipulado; Maestro; Iglesia; Misión; Predicar y Enseñar; Curar.

Abstrac

The article presents a reflection on the experience of discipleship as a heritage of the community of believers through the analysis of some literary and narrative elements of the pericope of Matthew 4:18-22. For this author, to become a disciple of Jesus is to reproduce in one's life what he did and taught during his messianic work. In this sense, to be a fisher of men or a disciple, entails the tasks of preaching, teaching and healing proper to the Master of Nazareth (Mt 4:23). The Church - *ἐκκλησία* - finds in these actions of Jesus its triple mission as a continuation of the works that make the Kingdom present. In the end, the hermeneutical exercise makes a connection between the three actions of Jesus in the Gospel of Matthew and the three functions that define the mission of the Church since the Second Vatican Council: Teaching, sanctifying and governing. An attentive look at the Mathew's proposition about the verb to cure in relation to the ecclesial function to rule, allows to contribute to the theological reflection a richer evangelical vision about the disciple experience in the world today.

Key words: Discipleship, Teacher, Church, Mission, Preaching And Teaching, Healing.

¹ Teólogo y Licenciado en Filosofía y Educación Religiosa de la Universidad Católica de Oriente. Magíster en Teología de la Biblia, Universidad San Buenaventura; Estudiante de Doctorado en Teología con profundización en Biblia, Universidad Pontificia Bolivariana Estudios de profundización en griego y hebreo en la Universidad Pontificia de México y en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Correo electrónico: vigomu03@yahoo.es

Introducción

El concepto de discipulado corresponde al ámbito conceptual de “seguimiento”, con raíces bíblicas y extrabíblicas anteriores al cristianismo, lo que infiere, que esta no es una praxis exclusiva de la experiencia discipular de la comunidad judeocristiana. En el mundo griego, por ejemplo, el vocablo μαθητής designa al alumno o discípulo y supone la presencia de un *maestro*/διδάσκαλος, a quien este se vincula para aprehender de sus conocimientos y experiencias. Desde Sócrates, el término *discipulado*, se usaba para designar la relación maestro-discípulo; los filósofos griegos posteriores a él, en lugar de esa palabra, utilizaban expresiones como *εταῖρος/amigo*, *γνώριμος/conocedor*, *ακλουθος/partidario*, entre otras (Lothar, Beyreuther, & Bietenhard, 1994). Hacia el siglo V a.C. surgieron famosos maestros griegos relacionados con escuelas filosóficas que reunieron a su entorno muchos adeptos que se asociaban a su doctrina o enseñanzas filosóficas: Pitagóricos, platónicos, aristotélicos, entre otros. Asimismo, las religiones greco-romanas introducían los discípulos (mustes) a los misterios de la divinidad a través de maestros (mustagogos). Por su lado, la cultura judía precisa la experiencia de discipulado desde antiguas tradiciones patriarcales y proféticas (Montloubou, 2010). En épocas más cercanas a Jesús se destacan la escuela de Qumrán, la escuela de Hillel o la de Filón, así como la escuela Joánica. Las escuelas judías se forman en torno a la Torah, donde los rabinos enseñan la interpretación de la Ley a sus discípulos.

En el Primer Testamento, se encuentran diversos relatos de vocación que siguen un patrón o modelo establecido. Para iniciar, se hará mención de los relatos *de llamado* de personajes referenciados explícita o implícitamente por Mateo al inicio de su evangelio: Abraham, Moisés y David, paradigmas del llamado en todos los tiempos. Abraham, llamado por Dios mediante un mandato en modo personal, mandato que exige una pronta obediencia (Gn 12, 1); Abraham obedeció y se puso en camino (Gn 12, 4). Moisés, llamado por Dios mediante una teofanía que devela la aflicción de su pueblo (Ex 3, 7-10); Moisés se siente abrumado por el llamado y pone objeciones (Ex 3, 11), sin embargo, confía en Yahveh y asume el encargo divino (Ex 3, 17). David, es llamado por Dios a través del profeta Samuel, quien lo unge como rey de Israel (1 Sm 16, 12-13), pero el pueblo es consciente de que el llamado proviene de Dios mismo: “Yahveh te ha dicho: Tú has de pastorear a Israel, mi pueblo, y tú serás el caudillo de Israel” (2 Sm 5, 2). David, Abraham y Moisés, descubren gradualmente el llamado como una iniciativa divina que asigna una misión y ofrece los medios para cumplirla. El primero es llamado para constituir un gran pueblo, el segundo para liberarlo y el tercero para pastorearlo o gobernarlo.

En el Segundo Testamento el término discipulado hace referencia al seguimiento de la persona de Jesús. Existen varios vocablos para designar este seguimiento, entre los que se encuentran tres principales: *ἀκολουθέω*, *ὀπίσω* y *μαθητής* (Lothar et al., 1994). El verbo *ἀκολουθῶ* significa *seguir* y en sentido figurado significa *ser discípulo*. El término *ὀπίσω* es sinónimo del anterior, como adverbio significa *detrás*, y como preposición impropia, *detrás de*, *después de*. Se relaciona con el verbo *hlk aharê* del Primer Testamento con el significado de *caminar detrás* o *seguir*: “Mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió detrás de todo corazón” (1R 14, 8). En Mt 4, 19 Jesús llama a Simón y a Andrés: *Venid detrás de mí*. En modo similar, Jesús, para reprender a Pedro por convertirse en piedra de tropiezo en el cumplimiento de su misión, utiliza la expresión *vete detrás de mí* (Mt 16, 23) (Balz & Schneider, 1998). Más aun, es categórico al detallar las condiciones para hacerse discípulo suyo: “Si alguno quiere *venir detrás de mí*, niéguese a sí mismo, lleve a cuestas su cruz y sígame” (Mt 16, 24).

Mt 9, 14, utiliza el término *μαθηταί* para designar a los discípulos de Juan el Bautista y, Mt 22, 16, usa *μαθητὰς* para nombrar a los discípulos de los fariseos. Por su parte, Juan 9, 28b, identifica a los fariseos como discípulos de Moisés (*ἡμεῖς δὲ τοῦ Μωϋσέως ἐσμὲν μαθηταί*), y Lucas 19, 37-38 habla de una multitud de discípulos de Jesús (*τὸ πλῆθος τῶν μαθητῶν*) que, en su entrada a Jerusalén gritaban ¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! A pesar de la confusión que podría generar el uso del sustantivo *μαθητής* referido al grupo amplio de seguidores de Jesús e incluso a

los oyentes, es claro en Mateo que, mayoritariamente el término μαθητής, se reserva a un grupo más pequeño considerado como el grupo íntimo del Maestro. En algunos ejemplos se destaca la prioridad de los discípulos frente a las masas al explicarles el sentido de las parábolas (Mt 13, 36), al subirlos a la barca para ir a la otra orilla (Mt 14, 22-33), al delegarles funciones específicas como alimentar a la multitud: “(...) *partió los panes y los dio a los discípulos, y los discípulos a la gente*” (Mt 14, 19).

En Mt 5, 1 es la primera vez que encontramos el término “discípulos” en este evangelio a través del vocablo “μαθηταί” para identificar a quienes siguen a Jesús. Para hablar de los doce, Mateo es cuidadoso en identificarlos primero como discípulos (μαθητὰς) antes que apóstoles (ἀποστόλων). En Mt 10, 2 se relacionan los nombres de los doce iniciando por los primeros cuatro discípulos que fueron llamados en cabeza de Simón, al que llamaban Pedro, y terminando con Judas Iscariote, el que lo entregó. Podríamos asegurar finalmente que, Mateo prefiere la palabra μαθητής para designar al discípulo, con lo cual, destaca una cristología que ve en Jesús al maestro (Mt 8, 19; Mt 26, 49). No hay que perder de vista que Mateo en su relato del llamado a los primeros discípulos, así como en muchos otros textos de su evangelio, está escribiendo con arreglo a la tradición marcana, por lo que es comprensible la similitud narrativa de los mismos.

El discipulado en Mateo 4, 18-22

Para la comprensión del relato el ejercicio se ajusta a un breve análisis literario y narrativo que conduce a una hermenéutica sobre el discipulado en cuanto patrimonio de la comunidad de creyentes. El texto de estudio es Mt 4, 18-22, sin embargo, se recurre continuamente a los textos antecedente y siguiente, para precisar la misión de los discípulos como continuidad de la obra mesiánica de Jesús. A continuación, se presenta el texto griego con su respectiva traducción y se procede a la caracterización de sus personajes, tiempos, espacios geográficos y frases relevantes.

Texto griego (Nestle- Aland, 2012)	Traducción español (Cantera e Iglesias, 2009)
<p>18 Περιπατῶν δὲ παρὰ τὴν θάλασσαν τῆς Γαλιλαίας εἶδεν δύο ἀδελφούς, Σίμωνα τὸν λεγόμενον Πέτρον καὶ Ἀνδρέαν τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ, βάλλοντας ἀμφίβληστρον εἰς τὴν θάλασσαν· ἦσαν γὰρ ἀλιεῖς.</p>	<p>18. Y según caminaba por la orilla del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, que llamaban Pedro, y Andrés, su hermano, que echaban la red al mar, pues eran pescadores.</p>
<p>19 καὶ λέγει αὐτοῖς· δεῦτε ὀπίσω μου, καὶ ποιήσω ὑμᾶς ἀλιεῖς ἀνθρώπων.</p>	<p>19. Y les dijo: Venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres.</p>
<p>20 οἱ δὲ εὐθέως ἀφέντες τὰ δίκτυα ἠκολούθησαν αὐτῷ.</p>	<p>20. Y ellos enseguida, dejando las redes, lo siguieron.</p>
<p>21 καὶ προβάς ἐκεῖθεν εἶδεν ἄλλους δύο ἀδελφούς, Ἰάκωβον τὸν τοῦ Ζεβεδαίου καὶ Ἰωάννην τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ, ἐν τῷ πλοίῳ μετὰ Ζεβεδαίου τοῦ πατρὸς αὐτῶν καταρτίζοντας τὰ δίκτυα αὐτῶν, καὶ ἐκάλεσεν αὐτούς.</p>	<p>21. Y según iba un poco más adelante vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo, y Juan, su hermano, en la barca con Zebedeo, su padre, arreglando sus redes; y los llamó.</p>
<p>22 οἱ δὲ εὐθέως ἀφέντες τὸ πλοῖον καὶ τὸν πατέρα αὐτῶν ἠκολούθησαν αὐτῷ.</p>	<p>22. Y ellos enseguida, dejando la barca y a su padre, lo siguieron.</p>

Tomando como lugar geográfico el mar de Galilea, el relato encuadra el llamado de Simón y Andrés, en medio de sus actividades cotidianas de pesca (Mt 4, 18). Lo mismo pasa con los otros dos hermanos, Santiago y Juan, quienes junto a su padre estaban en la barca arreglando sus redes. Aunque en el segundo caso no se describen las palabras directas del llamado, estas se sustituyen con el verbo καλέω guardando el sentido de *llamar por el nombre* (Mt 4, 21). En ambos casos es asombrosa

la diligencia con la que las dos parejas de hermanos responden al llamado de Jesús. La expresión οἱ δὲ εὐθέως (ellos enseguida), para los dos casos, significa que dejaron inmediatamente las redes en el primero, y la barca y a su padre, en el segundo. El adverbio εὐθέως está en relación con el adjetivo εὐθύς que, en los LXX, describe los caminos de Yahveh en el desierto (Is 40, 3s), o los caminos rectos de Dios para los hombres (Os 14, 10). Se podría también relacionar con el adverbio εὐθύως cuyo significado es *gustosamente, de buena gana, con confianza* (Tuggy, 1996). La respuesta al llamado es contundente con la frase ἠκολούθησαν αὐτῷ (lo siguieron). Se puede constatar también que, al narrar su propio llamado, Mateo ante el “sígueme” de Jesús/ἄκολούθει μοι, se levantó y lo siguió/καὶ ἀναστὰς ἠκολούθησεν αὐτῷ. La inmediatez de la respuesta al llamado parece seguir en parte el esquema anterior.

Las dos escenas del llamado de Mateo, remiten parcialmente al relato de vocación del profeta Eliseo, quien fue llamado por Elías mientras realizaba sus trabajos cotidianos (1Re 19, 19-21). Digo parcialmente, porque encontramos elementos comunes en los relatos, pero también discontinuidades que enriquecen la narrativa mateana. Eliseo, hijo de Safat, estaba arando doce yugadas, Elías pasó junto a él y le echó encima el manto. Eliseo dejó los bueyes y se fue corriendo tras Elías, pero le hizo una petición: “Permíteme ir a besar a mi padre y a mi madre”. Complacida su petición se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio.

Como es evidente el seguimiento de Eliseo fue mediado o condicionado por una petición a la cual accedió el profeta Elías. La gran novedad en la narrativa de Mateo, respecto del relato precedente, está en la radicalidad e inmediatez de la respuesta de quienes son llamados, lo cual supone un precio social y económico. Dejar lo que hacían, lo que tenían y lo que amaban por Jesús, es absolutamente explicable desde la radicalidad que supone el seguimiento desde el postulado mateano, pues el mismo evangelista es consecuente en afirmar en boca de Jesús: “*El que quiere al padre o a la madre por encima de mí, no es digno de mí*” (Mt 10, 37). Asimismo, ante la petición de un discípulo suyo para ir primero a enterrar a su padre, Jesús le responde de manera tajante: “*Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos*” (Mt 8, 21-22).

Esta ruptura con todos los lazos familiares es muy polémica, pues no era una práctica usual. En el mundo judío las obligaciones filiales estaban contempladas por el Decálogo, como una instrucción religiosa y moral que conllevaba una bendición de Yahveh (Ex 20, 12). La ruptura temporal con el propio medio social (familia, patronos, amigos, vecinos) es una conducta anormal en la antigüedad, más que abandonar el oficio e instrumentos de pesca. Carter (2007), advierte que el compromiso con Jesús es prioridad sobre lo demás, pero ello no supone una ruptura con todos los lazos, como se constata en textos posteriores del mismo Mateo (Mt 20, 20; 15, 1-9). Sin embargo, por las condiciones históricas después de la destrucción del Templo de Jerusalén en los años 70, se podrían comprender las situaciones de rupturas generadas a causa de la opción por Jesús en los núcleos familiares y comunitarios. Ser discípulo de Jesús implicaría una fuerte controversia al interior de la familia y de la sociedad judía. Probablemente los discípulos descritos por Mateo se encuentran en un ambiente de amenaza, situación extremadamente adversa en razón de su elección por Jesús (Monasterio y Carmona, 1992).

Os haré pescadores de hombres (Mt 4, 19)

La finalidad para la cual fueron llamados estos cuatro pescadores, se hace clara en la expresión “καὶ ποιήσω ὑμᾶς ἀλιεῖς ἀνθρώπων/ y os haré pescadores de hombres”, probablemente haciendo alusión a su misión posterior (Cf. Mt 10, 12). El mismo texto ha mostrado de tajo el oficio que desempeñaban los cuatro personajes llamados por Jesús: eran pescadores (Mt 4, 18b). El giro semántico dado en las palabras de Jesús, de hacerlos *pescadores de hombres*, puede generar en el lector una confusión, puesto que la actividad del pescador supone la muerte de los peces o un

simple fin comercial mediante intercambios económicos. Sería un contrasentido pensar que sacar los peces de su ambiente vital les trae beneficio; pescar implicaría arrancarle las entrañas al pez por la extracción violenta de su hábitat. Por eso, Lucas, para el mismo relato prefiere usar el vocablo ζῳγρῶν que significa capturar vivo, esto con el propósito de matizar lo dicho (Lc 5, 10). La metáfora discípulos-pescadores no pareciera la más adecuada para expresar la finalidad de la misión de quienes son llamados. Entonces ¿Cómo entender la expresión *ser pescadores de hombres*? La misma Sagrada Escritura podría darnos pistas de comprensión de un enunciado que se presenta un tanto borroso para el lector.

El profeta Ezequiel en el capítulo 47, verso 10, utiliza también la imagen de los pescadores con sus redes en las orillas para recoger los variadísimos y abundantísimos peces del mar. Aquí, la abundancia de peces, es símbolo del estado ideal de un Israel restaurado. Por otro lado, el profeta Jeremías utiliza la figura de pescadores para comunicar la proximidad del juicio de Dios y de la necesidad urgente de conversión a Yahveh (Jeremías 16, 16a). El texto lucano en el relato vocacional de Pedro, Santiago y Juan, destaca el milagro de la abundancia de peces, producto, no de la experticia de los pescadores, sino de la confianza en la palabra de Jesús; este relato culmina con el llamado a los tres personajes a ser *pescadores de hombres* (Lc 5, 10). El mismo Mateo en clave escatológica establece una comparación entre el Reino de los Cielos y una red echada al mar que recoge toda clase de peces (Mt 13, 47). Es probable entonces que la expresión *pescadores de hombres* usada por Mateo guarde el sentido de la *abundancia* y de la *urgencia escatológica* que provoca la llegada del Reino. Abundancia expresada en la multitud saciada de pan (Mt 14, 13-21); los enfermos curados (Mt 8, 1-13); los espíritus expulsados (Mt 8, 16); pero también en el llamado a la conversión (Mt 4, 17). Son signos de un nuevo tiempo y de una restauración derivada de llegada del Reino.

Ser pescador de hombres guarda el sentido de ser instrumento de rescate o de salvación de aquellos que son aniquilados por el mal. Asumiendo que en la tradición bíblica el mar es símbolo de inestabilidad y pecado (Is 57, 20), bien podría entenderse que, la abundancia de los peces, expresa la abundancia de los hombres que son rescatados de las profundidades del mal; el tiempo ideal de prosperidad esperado por todo israelita se inaugura con la llegada de Reino, en el que las multitudes que lloraban, ahora ríen; los afligidos, tienen consuelo; los hambrientos y sedientos de justicia, son saciados. Jesús hace presente el Reino, y los discípulos en cuanto *pescadores de hombres*, tienen la misión de dar continuidad a la obra mesiánica.

“*Os haré pescadores de hombres*” es una expresión muy apreciada por Mateo. En los sinópticos el verbo ποιῶ se trata casi siempre de lo que Jesús debe *hacer* (Mt 20, 24; Lc 4, 23), de lo que Jesús es capaz de *hacer* (Mt, 13, 58; Mt 9,28; Mc 6, 5), de los milagros que él *hizo* (Mt, 21, 15); a los discípulos, Jesús quiere *hacerlos*, pescadores de hombres (Balz y Schneider, 1998). De alguna forma se relaciona con el verbo μαθητεύω en voz pasiva que significa *hacer discípulo*. Esta voz pasiva es una tendencia mateana, por cuanto, de las cuatro veces que aparece dicho vocablo en el Segundo Testamento, tres están en el evangelio de Mateo (13, 52; 27, 57; 28, 19). Barrios (2007), destaca que esta forma verbal utilizada en aoristo por Mateo, guarda el sentido de “*hacer*” y de “*hacerse discípulo*” y cita el caso de los escribas que se hacen discípulos del reino (Mt 13, 52), o de José de Arimatea, quien se había hecho discípulo de Jesús (Mt 28, 19), y concluye diciendo que es esta misma raíz, μαθητεύω, la que se utiliza en el envío misionero de los once discípulos con el encargo de *hacer discípulos a todas las naciones* (Mt 28, 19). En síntesis, para Mateo, *hacerse discípulo* de Jesús es transformarse en seguidor suyo, caminar detrás de él, o sea, reproducir lo que él hizo y enseñó durante su obra mesiánica. Es en este sentido en el que ser pescador de hombres convella la tarea de *predicar, enseñar y curar*.

La misión de Jesús es la misión de los discípulos

Mateo presenta una clave para sintetizar mediante tres verbos la actividad mesiánica de Jesús: διδάσκω, κηρύσσω, θεραπεύω / *enseñar, predicar y curar* (Mt 4, 23). Los mismos verbos se repiten en Mt 9, 35 con mínimas diferencias redaccionales dando la idea de una inclusión.

Texto griego (Nestle- Aland, 2012)	Traducción español (Cantera & Iglesias, 2009)
23 Καὶ περιήγεν ἐν ὄλῃ τῇ Γαλιλαίᾳ διδάσκων ἐν ταῖς συναγωγαῖς αὐτῶν καὶ κηρύσσων τὸ εὐαγγέλιον τῆς βασιλείας καὶ θεραπεύων πᾶσαν νόσον καὶ πᾶσαν μαλακίαν ἐν τῷ λαῷ.	Y recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del Reino, y curando toda clase de enfermedades y toda clase de achaques entre el pueblo

El sermón de la montaña es el mejor referente de Mateo para presentar a Jesús como maestro, cuya enseñanza está centrada en hacer presente el Reino mediante la praxis de la justicia. Jesús, sentado, toma la palabra y *enseña*; al terminar su discurso la multitud estaba pasmada con su *enseñanza* (Mt 5, 1; 7, 28). El verbo διδάσκω (*enseñar*) está en relación con la enseñanza y la predicación de Jesús (Luz, 1993). En el contexto de la comunidad judeocristiana de Mateo, los discípulos prefieren llamar a Jesús, κυριος (Mt 14, 28); evitan dirigirse a Jesús con la palabra maestro por oposición a los rabinos del judaísmo, generando en algunas ocasiones, yuxtaposición entre el magisterio de Jesús y el de los escribas: “Aquel gentío estaba pasmado de su enseñanza, pues les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt 7, 29). Afirma Barrios (2007), que en “las tradiciones sinópticas se constata con claridad que el Jesús de los evangelios tuvo en su ministerio como actividad segura la de enseñar”. A diferencia de la predicación, el lugar propio de la enseñanza, es el templo o las sinagogas (Mt 4, 23; 22, 16; 26, 55) y sus destinatarios principales son los discípulos, sin que esto excluya a la multitud e incluso a los paganos que en reiteradas ocasiones son oyentes de la Buena Nueva. Son los discípulos quienes reciben el encargo expreso de continuar la obra jesuática en Mt 28, 19: “Id, haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, *enseñándoles* a guardar todo lo que yo os mandé”.

El verbo κηρύσσω (*predicar*) es vinculado por Mateo al evangelio del Reino (Mt 4, 17). La Buena Noticia está relacionada con un nuevo tiempo que se inaugura con Jesús, el cual presupone la conversión como condición para pertenecer a él. Si la enseñanza tiene como lugares privilegiados el templo y las sinagogas, la predicación de Jesús es itinerante y sin descanso. Así, la plaza pública, los caminos, el lago o mar de Galilea, los espacios abiertos, constituían los escenarios propios del anuncio del Reino. Los destinatarios de la κηρύσσειν (*predicación*) era el pueblo de Israel, pero también los paganos, acentuando de esta forma la dimensión misionera del anuncio que se extiende al orbe entero (Mt, 24, 14; 26,13). La mención que se hace de Siria es una valiosa indicación de cómo el mensaje de Jesús ha traspasado las fronteras de Judea; la predicación se sitúa como un horizonte abierto y universal que cumple las promesas de Dios más allá de los límites geográficos de Israel.

La llegada del reino de los cielos no se queda en palabras o en una utópica predicación, sino que se concretiza en los milagros que acompañan la actividad mesiánica de Jesús. El verbo θεραπεύω (*curar*), como tercera actividad realizada por Jesús, inaugura un Reino que da respuesta al sufrimiento humano curando toda clase de enfermedad y dolencia. Mt 4, 24 describe tres tipos de enfermedades que posteriormente serán relatadas por el evangelista entre los diez milagros realizados por Jesús: Endemoniados, lunáticos y paralíticos (Mt 8, 28-34; Mt 9, 1-8; Mt 17, 14-21). Los milagros que dan cuenta de la presencia del Reino son los siguientes:

Diez milagros de Jesús en el evangelio de Mateo

- | | |
|---|---|
| · La curación de un leproso 8, 1-4 | · Curación de un paralítico 9, 1-8 |
| · Curación del criado del centurión 8, 5-13 | · Curación de la hemorroisa 9, 20-22 |
| · Curación de la suegra de Pedro 8, 14-15 | · Resurrección de la hija de Jairo 9, 18-26 |
| · La tempestad calmada 8, 23-27 | · Curación de dos ciegos 9, 27-31 |
| · Los endemoniados gadarenos 8, 28-34 | · Jesús cura a un mudo 9, 32, 34 |

Diez son los relatos de milagros relacionados por Mateo en su evangelio, y no es casualidad, como veremos. No todos los números en la Biblia tienen un valor simbólico especial, tampoco ellos comprenden un código secreto de adivinación, pero aquellos que son usados repetidamente advierten de manera discreta un significado muy apreciado en el contexto judío. El número diez, de amplio uso en el Primer y Segundo Testamentos, ayuda a determinar la escala simbólica y el apego de la cita a la tradición bíblica: Diez fueron los mandamientos de la Ley (Ex 20, 1-17), diez las plagas de Egipto (Ex 7, 1ss); Jesús en sus parábolas habla de diez vírgenes (Mt 25, 1-13), la curación de diez leprosos (Lc 17, 11-19), entre otros muchos ejemplos en ambos Testamentos. Siguiendo la interpretación común de los biblistas, el número diez, indica totalidad o completitud. En ese orden de ideas, los diez mandamientos expresan la totalidad de la Ley, la completa voluntad de Dios para que su pueblo logre plena identidad. Las diez plagas son, en el mismo sentido, la totalidad de los males que sobrevienen a todo aquel que se contraponen a los designios divinos. Las diez vírgenes invitadas a la fiesta de bodas no es otra cosa que la invitación que hace Jesús a todos, sin exclusiones, a participar del banquete del Reino. Los diez leprosos sanados por Jesús, incluyendo un extranjero, nos remite al alcance universal de la salvación, pues así termina el texto: “levántate y vete, tu fe te ha salvado”. Salta entonces a la vista que la intención de Mateo al narrar diez milagros de Jesús no está en delimitar un número específico de acciones taumatúrgicas realizadas por el maestro, sino en señalar que la presencia del Reino trae como consecuencia la erradicación de todos los males físicos y espirituales de la humanidad. El sufrimiento en su totalidad está sometido al mesianismo de Jesús, por eso dice el texto que Jesús curaba *toda* clase de enfermedades.

διδάσκω, κηρύσσω, θεραπεύω / enseñar, predicar y curar, son inseparables, pues la predicación y enseñanzas acerca del Reino de los cielos se confirman en las obras sanadoras y liberadoras de Jesús. Todas ellas constituyen un itinerario de fe en el proceso de seguimiento de la persona de Jesús. Ir detrás de Jesús/ δεῦτε ὀπίσω μου (Mt 4, 19), supone en Mateo, reproducir su misma misión, pues es evidente que los tres aspectos constitutivos del ministerio público de Jesús hacen transición a sus discípulos. En Mt 10, 1-5, Jesús convoca a sus doce discípulos y les da autoridad sobre los espíritus impuros, para expulsarlos, y para *curar* toda clase de enfermedades y toda clase de achaques. Jesús los envía a *predicar* haciendo uso de sus propias palabras: “Ha llegado el Reino de los cielos”; y en Mt 28,18 les da la instrucción de *enseñar* todo lo que él ha mandado.

La actividad de Jesús define la triple misión de la Iglesia: Predicar, enseñar y curar

Es usual que los lectores desprevenidos de la perícopa en estudio se detengan de manera excesiva en la idea que de Jesús llamó a cada uno por su nombre, es decir, de manera individual en el sentido del verbo καλέω. Pues este tipo de lectura desdibuja ostensiblemente la originalidad y profundidad de un pasaje que solo entiende la experiencia del discipulado en y desde la comunidad de creyentes. Como lo describen los versos de Mateo, fueron llamados en *comunidad*, de dos en dos, y en comunidad fueron enviados a predicar, a enseñar y a curar. El llamado no es hecho en singular

sino en plural, “venid”/“los llamó”/“lo siguieron”. No es posible pasar por alto este detalle sin trastocar arbitrariamente el sentir mateano. La comunidad es el ambiente connatural al discípulo, es su oxígeno; por eso, el peor castigo para un discípulo que ha perdido su condición de creyente, es ser expulsado del seno de la comunidad y ser pisoteado por los hombres a la manera de la sal que pierde su sabor y es tirada fuera (Cf. Mt 5, 13). Asimismo, la metáfora de la luz, que puesta en lo alto alumbraba a todos los de la casa, infiere la necesidad de estar dentro de la casa para ser alcanzado por la luz, estar fuera de ella es estar en oscuridad (Mt 5, 15). No es posible ser discípulo fuera de la comunidad. De la misma forma que Israel se entiende a sí mismo, no desde la individualidad de cada uno de sus miembros, sino en su composición como pueblo de Dios, los creyentes de tercera generación para los que escribe Mateo se autocomprenden en continuidad con este pueblo en el que se cumplen las antiguas promesas. Sólo así se explica que Mateo haya iniciado su evangelio declarando que Jesús es hijo de David e hijo de Abraham (Mt 1, 1).

Ahora bien, Mateo es el único evangelista que para referirse a la comunidad de creyentes usa la palabra griega *ἐκκλησία*, que significa *iglesia, congregación, asamblea, reunión* (Tuggy, 1996). Mateo 16, 18 utiliza este término en sentido de universalidad, en cambio Mt 18, 17 se refiere probablemente a la comunidad de creyentes de Antioquía de Siria, cerca de Jerusalén, donde se presume fue escrito el primer evangelio (Monasterio y Carmona, 1992). Esta fue una comunidad donde prevaleció la tendencia judeocristiana bajo la figura de Pedro, prototipo de discípulo; es a Pedro a quien Jesús declara bienaventurado y a quien entrega las llaves del Reino de los Cielos (Mt 16, 16-18). En suma, la Iglesia como comunidad discipular, encuentra en las acciones de Jesús su triple misión para hacer presente el Reino entre los hombres.

El Concilio Vaticano II declara que la Iglesia en cuanto sociedad jerárquicamente organizada, ha confiado a los obispos, junto con los sacerdotes y diáconos, los oficios de enseñar, santificar y regir (LG, 20). En el oficio de enseñar, sobresale la predicación del Evangelio; el oficio de santificar, hace referencia a la celebración del culto y a la administración de los sacramentos; y el oficio de regir o gobernar indica la potestad y autoridad con la que los obispos conducen las iglesias particulares que se les han encomendado. Pero no solo a la jerarquía corresponden estas funciones, sino que también los laicos en cuanto miembros del pueblo de Dios e incorporados a Cristo mediante el bautismo participan a su manera de esta función sacerdotal, profética y real (LG 31). Es por ello que, en el sacramento del bautismo, el neófito es ungido con óleo perfumado para significar que a partir de ese momento es sacerdote, profeta y rey (CEC 1241). A estas tres funciones se les conoce en el contexto canónico como *munus docendi*, *munus santificandi* y *munus regendi*, es decir, el deber de *enseñar, santificar y regir*. Como veremos estos tres deberes no son anulados por Mateo, sino que los complementa con una visión más ricamente evangélica mediante la triple dimensión de la misión jesuática.

Las tres actividades que constituyen la misión de Jesús, y ahora de la Iglesia, no son presentadas por Mateo en un orden lógico. Los discípulos, por ejemplo, son enviados primeramente a *curar* y a *predicar*, sólo al final del evangelio reciben de Jesús la misión de *enseñar* quedando traspuesto el orden inicial. Si bien, el texto mateano no muestra un orden específico al escenificar las tres actividades mesiánicas, sí introduce a Jesús inaugurando su vida pública con la predicación del reino (Mt 4, 179, en segundo lugar, lo sitúa enseñando en la montaña (Mt 5, 1), e inmediatamente después de bajar de la montaña, cura a un leproso (Mt 8, 2-4). *Predicar, enseñar y curar* concentran en Mateo un modo privilegiado de ejercer el discipulado en continuidad con la obra mesiánica de Jesús.

Al ensamblar los dos párrafos anteriores encontramos que el *munus docendi* enlaza claramente con la predicación y la enseñanza. El *munus santificandi* referido a la vida sacramental es compatible con el mandato de bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19). La mayor novedad mateana consiste en que nos posibilita la comprensión del *munus regendi* desde la idea del cuidado, del *curar*. Y es que la realeza se define más por la autoridad, el señorío y el dominio, mientras que el llamado de Jesús a sus cuatro primeros discípulos se define por el despojo,

la pobreza y la entrega. Así lo describe el texto al señalar que dejaron las redes, la barca e incluso a su padre; lo mismo pasa en su primera experiencia misionera donde Jesús les ordena no llevar oro, ni dinero, ni alforja, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón (Mt 10, 9-11). Estas condiciones de Jesús no son otra cosa que el desprendimiento absoluto de toda apariencia de poder y suntuosidad.

En Mateo, a la función de realeza se antepone la misión de curar, es decir, el cuidado de quienes son abatidos o sometidos por el espíritu del mal. El mismo Jesús reprende a sus discípulos cuando se disputan el derecho de sentarse a su derecha e izquierda en su inminente reinado: “Sabéis que los jefes de las naciones las dominan tiránicamente, y los grandes se aprovechan de su autoridad. ¡Que no sea así entre vosotros!, sino que el que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro esclavo” (Mt 20, 25-27). Y cierra de manera lapidaria con su propio ejemplo de vida: “Como el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28). Dar la vida es característico del pastor que cuida de sus ovejas, metáfora muy querida por Jesús, contraria a la lógica del poder humano donde los súbditos dan la vida por el rey.

Todas las acepciones anteriores dan cuenta del verdadero sentido de la palabra *θεραπεύω* usada por Mateo con el significado de *curar, sanar, cuidar, servir* (Tuggy, 1996). Pero, ¿Podría la palabra curar tener un sentido espiritual que sobrepase la sanación física? Claro que sí, y tomaremos tres ejemplos de los relatos de milagro mateanos:

- *La curación de un paralítico (Mt 9, 1-5)*: Le llevaron un paralítico a Jesús, echado en una camilla, al ver la fe de ellos dijo al paralítico: “Ánimo hijo, tus pecados te son perdonados” y posteriormente le dice “levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. El paralítico se levantó y se marchó a su casa.
- *Jesús cura a una hemorroisa (Mt 9, 20-22)*: Una mujer que tenía hemorragias hacía doce años pensaba que con solo tocar el manto de Jesús quedaría curada. Jesús al verla le dijo: “Ánimo hija, tu fe te ha salvado”. Y la mujer quedó sana en aquella hora.
- *Jesús cura a la hija de Jairo (Mt 9, 18-26)*: “Al entrar Jesús cogió la mano de la pequeña, y ella se levantó. Y esta noticia se divulgó por toda aquella comarca”.

La belleza y profundidad de los milagros realizados por Jesús está en que, amén de recobrar la salud física, obran al mismo tiempo la *salvación* del hombre. Curar y salvar es lo mismo. Es por ello que en los relatos de milagro sobresalen las palabras *fe, creer, perdonar, salvar*; todas ellas comunican un acontecimiento salvífico. “*Tu fe te ha salvado*” nos conecta automáticamente con un acto sublime de redención. Sanar al enfermo es al mismo tiempo rescatarlo de la opresión del maligno. La palabra “*levántate*” evoca la resurrección, la nueva vida en Dios.

En conclusión, *curar* es la clave hermenéutica que revitaliza la misión de los creyentes y de la Iglesia en el mundo de hoy. El Papa Francisco, en una homilía en casa de Santa Marta, clama por una Iglesia convertida en “*hospital de campaña*” donde lleguen personas heridas buscando la bondad y cercanía de Dios:

Ésta es la misión de la Iglesia: La Iglesia que sana, que cura. Algunas veces, he hablado de la Iglesia como hospital de campo. Es verdad: ¡cuántos heridos hay, cuántos heridos! ¡Cuánta gente necesita que sus heridas sean curadas! Ésta es la misión de la Iglesia: curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, que Dios perdona todo, que Dios es Padre, que Dios es tierno, que Dios nos espera siempre (Vaticana, 2015).

Predicar, enseñar y curar, sugieren un itinerario de sujeción al Reino que inicia con la escucha del kerygma, se profundiza mediante la enseñanza y se confirma en las obras curativas como expresión de la proximidad de Dios ante el sufrimiento humano. La idea de *curar, sanar o cuidar*, pone en evidencia

los inmensos retos de la obra misionera de la Iglesia en un mundo herido por el individualismo, la altivez y la falta de compasión.

Referencias

- Balz, H., y Schneider, G. (1998). *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Cantera, F. Iglesias, M. (2009). *Sagrada Biblia* (3.ª ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Carter, W. (2007). *Mateo y los márgenes*. Navarra: Editorial Verbo Divino.
- Eberhard, Nestle, E. (2012). *Novum testamentum graece* (28.ª ed.). Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft.
- Iglesia, M. de la. (1993). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Bogotá D. C: Ediciones Paulinas.
- Iglesia, M. de la. (2006). Constitución Lumen Gentium. En *Concilio Vaticano II* (pp. 17-80). Bogotá D. C: Editorial San Pablo.
- Lothar, C., Beyreuther, E., y Bietenhard, H. (1994). *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Luz, U. (1993). *El evangelio según San Mateo 1-7*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Monasterio, R. A., y Carmona, A. R. (1992). *Evangelios Sinópticos y Hechos de los Apóstoles*. Pamplona: Editorial Verbo Divino.
- Monloubou, L. (2010). *Los profetas del Antiguo Testamento*. Pamplona: Editorial Verbo Divino.
- Tao, H. B. (2007). *El seguimiento del Señor: Del Primer al Segundo Testamento*. Bogotá D. C: Impresión Javegral.
- Tuggy, A. E. (1996). *Diccionario griego, hebreo español*. El Paso: Editorial Mundo Hispano.
- Vaticana, R. (2015). Homilia del Papa Francisco en Casa de Santa Marta. Recuperado de <https://www.primeroscristianos.com/francisco-en-santa-marta-la-iglesia-debe-ser-como-un-hospital-de-campana/>